

# RINCON LITERARIO

## CULTURA EN EXILIO

De ENRIQUE CAMEJO

Dos llamaradas iluminaron la instauración del nacional-socialismo en Alemania: el incendio del Reichstag en febrero de 1933 y la enorme hoguera en que fueron quemados millares de libros «no alemanes» a fines del mes de mayo del mismo año.

Todo el mundo recuerda con estupefacción la escena que tuvo lugar una noche en Berlín: Una manifestación de estudiantes, precedida de una orquesta de las tropas de asalto, se dirige ruidosamente hacia la extremidad de la avenida Unter den Linden, donde, alrededor de una gran plataforma de madera abundantemente regada de petróleo, un público exaltado la espera. La llegada de la delegación es la señal del comienzo de un espectáculo sin precedentes en los anales del siglo que corremos, porque es allí en donde, bajo los aplausos y los hurrahs de varios centenares de fanáticos, se ha de ofrecer el primer sacrificio al repugnante dios de la intransigencia y la obscuridad espiritual: veinte mil volúmenes—requisados en librerías, bibliotecas y domicilios particulares—considerados como gérmenes de la desgregación del pueblo alemán, pero que, sin embargo, simbolizan el pensamiento de muchas generaciones consagradas al culto de la ciencia, del arte y la literatura, son entregados sin escrúpulos al furor de las llamas.

Este bárbaro holocausto no acumularía tantos agravantes si un miembro influyente del Gobierno no hubiera creído conveniente aportar su concurso oficial a la acción de los culturoclastas. El doctor Joseph Goebbels, Ministro de la Propaganda, realizó la extraña mise en scene con un discurso significativo: «La hora del intelectualismo ha pasado a la historia. Si vosotros os atribuis el derecho de entregar a las llamas las inmundicias intelectuales (it), tenéis el deber de preparar la vía hacia el espíritu auténticamente alemán».

Es curioso constatar que esas «inmundicias intelectuales» no son sino las obras de Heine (desposeído hoy de su ciudadanía postuma), de los hermanos Mann, Erich Marie Remarque, Emil Ludwig, Lion Feuchtwanger, Alfred Kerr, Leonhard, etc., en la literatura; Einstein, Darwin, Koch, Wasserman, Freud, Haackel, Planck, en la ciencia; Feuerbach, Engels, Lassalle, Marx, Mach, etc., en la filosofía. La proporción de la literatura extranjera «obscena e inmunda» condenada por el nacional-socialismo no es menos asombrosa. Son los autores franceses y rusos—de Zola a Romain Rolland pasando por Anatole France y de Tolstoi a Mstakowski pasando por Gorki—las principales víctimas de las exco-

municiones, lo que no impide, sin embargo, que al mismo tiempo las obras de Aldous Huxley, Unamuno, Selma Lageroff, Dreiser, Blasco Ibañeta, los Pisis, Stefan y Arnold Zwing, Kisch, Valle Inclán, Bernard Shaw, Sinclair Lewis y numerosos más, hayan conocido el terrible veredicto de los depuradores nazis.

¿A qué responden tan anacrónicas medidas? Al principio hubo quien creyó ingenuamente que los nazis sólo se proponían eliminar la literatura hostil al nacional-socialismo, o, simplemente, al régimen capitalista. Pronto los acontecimientos demostraron que en realidad se trataba de un movimiento organizado contra todos los que Gottfried Benhlama, despectivamente, «amadores de la civilización» y «trovadores del progreso occidental»: es decir, la inmensa mayoría de los intelectuales. No es posible creer que los autos de fe y las prohibiciones obedecieran a razones de política antirevolucionaria, pues todo el mundo sabe que Alfred Kerr, Jakob Wassermann o Heinrich Mann no fueron nunca adeptos del marxismo, que Stefan Zweig y Thomas Mann no se han ocupado de política, que Stefan George no comulgaba con el internacionalismo y que Paul Tillich no es ni anti-clerical ni ateo. ¿Alguien podría afirmar que el conocido historiador Oncken—caído en desgracia cierto tiempo después que los anteriores—es, siquiera, demócrata o liberal?

La «imise au pas» de la literatura tiene un carácter general; ella comienza en el panfleto marxista y termina en el poema católico ortodoxo. Así, en la legión de autores excluidos, se encuentran confundidos y mezclados: protestantes y masones, republicanos y apolíticos, católicos y marxistas, se encuentran en las listas de literatos anti-áticos al régimen, pero es la valiosa pléyade de escritores pacifistas la que ha sufrido particularmente la medida hitleriana. A los nombres «tabú» de Emil Ludwig y Remarque hay que añadir los de Carl von Ossietzky, Ludwig Renn, Ernst Glaeser, Otto Lehmann y Bertold Jacob.

Igualmente sería falso interpretar la eliminación de muchos autores como una excentricidad debida a que los funcionarios depuradores hayan exteriorizado sus gustos y preferencias en materia de escuelas literarias o tendencias filosóficas; porque alemanes y extranjeros, realistas y románticos, clásicos y vanguardistas, materialistas e idealistas han corrido todos idéntica suerte. Los motivos—o los pretextos—hay que buscarlos en las directivas mismas de los expertos nazis en cuestiones culturales y en los progra-

mas confeccionados por ellos que, fácilmente, se pueden resumir como sigue: «...la literatura y la filosofía de la nueva Alemania deben inspirarse única y exclusivamente en los principios racistas y jerárquicos (Führerprinzip) del Estado Totalitario nacional socialista, felicitándose de los conglomerados altamente civilizados de los ancestros germanos. Es preciso destruir y hacer ovidiar la producción de la cultura judeo-democrática. La dialéctica y el humanismo son completamente ajenos al espíritu del gran pueblo alemán y si en ellos se basa la cultura, ¡abajo la cultura! ¡Retraer al estado primitivo de nuestros abuelos, poseedores de la auténtica civilización!»

He aquí, en pocas palabras, el pensamiento que anima a los teorizantes oficiales y entre los cuales es preciso destacar a los dirigentes de la Asociación de Escritores Alemanes (Asociación socialista). Su presidente, Hans Jüst, es ya famoso en toda Europa por su ruda franqueza; él es el hombre que en cierta ocasión proclamó sin ambages que «cuando oía hablar de cultura sacaba su revolver». El vicepresidente, Gottfried Benn—miembro de la Academia desde 1934—no es tampoco un personaje vulgar. En su discurso inaugural se refirió al hecho de que «el Estado nuevo ha nacido contra la voluntad de los intelectuales» y estimó que «la palabra barbaute no es un reproche sino un título». El mismo académico quiere hundirse en lo irreal y conmina a sus colegas a avanzar hacia «el caos supremo y el abismo» para gozar del «advenimiento del destino profundo y de todo el pánico de la agonía».

Naturalmente, la ofensiva contra el libro y los ruidos golpes asestados por el nacional-socialismo a los centros más importantes de la vida cultural alemana, es el resultado del exodo de centenares de escritores y hombres de ciencia que se apresuraron en buscar asilos más respirables. Y aun que es difícil señalar que es los acontecimientos marcan una interrupción importante en el desenvolvimiento de la cultura nacional alemana, es preciso constatar que la actividad intelectual-literaria de los refugiados no ha disminuido en absoluto. La desorganización de los primeros momentos y las dificultades de la orientación en países extraños, fueron vencidas en corto tiempo, con magnífico vigor intelectual, por una admirable voluntad de sobrevivir a la catástrofe. Privados de la nacionalidad alemana en su mayor parte, los emigrados se agruparon y

se reagruparon en el extranjero y, reconfortados por la solicitud y hospitalidad que en casi todos los países se les brindó, pronto recobraron el ritmo creador que, en su patria, siempre los animó. Es así que, pocos momentos después de los autos de fe, los exilados comenzaron a dar importantes señales de vida en Francia, Inglaterra, Suiza, URSS, Estados Unidos, Checoslovaquia y Holanda.

Actualmente, casi todos los antiguos profesores y académicos se encuentran reunidos en diferentes grupos con el objeto de facilitar la labor colectiva. Entre ellos un de los más notables es el «Graduate Faculty of Political and Social Sciences» constituida por algunos honores de ciencia que han encontrado un calido refugio en la «New School» de New York. Esa institución de la que forman parte el célebre economista Lederer, el publicista Feiler y el filósofo Wertheimer, publica un órgano científico de un valor no discutido: «Social Research International Quarterly of Political and Social Sciences». Por otra parte, un importante núcleo de esp. cianistas y profesores de sociología, psicología y medicina, continúa actualmente en Copenhague, bajo la dirección del profesor Wilhelm Reich, la intensa labor de vulgarización comenzada en Berlín, hace años.

El doctor Joseph Goebbels, supervisor general de la cultura en el Reich hitleriano, ha patrocinado una injusticia y cometido una imprudencia, condenando a hombres ante cuyo genio el mundo entero es unánime en inclinarse. Injusticia porque los herederos de las tradiciones de la Alemania de Goethe de Hegel, de Dürer y de Beethoven, son dignos de otra consideración. Imprudencia, porque queriendo convertir por la fuerza al nacional-socialismo a los intelectuales, privándolos de patria, de libertad y de sus bienes más preciosos—sus libros y laboratorios—han perjudicado grandemente el prestigio de su propia causa.

Ignora el doctor Goebbels que lo que el extranjero más admira y respeta en Alemania no es la potencia de sus armamentos o la marchandad de sus so daños, sino esas «inmundicias» que él detesta, es decir, la ciencia de Einstein y de Planck, el teatro de Remhardt y Piscator, la construcción de Gropius el film de Faust y la obra literaria de Thomas

y Heinrich Mann?

¿Cuál es el resultado práctico de las hogueras y las expulsiones? El fuego ha podido destruir los libros, pero no ha logrado exterminar el genio que los creó y el espíritu que los inspiró. Han respondido los intelectuales a los imperativos de la nueva mística? No; sus obras y experiencias continúan en todo lo que siempre fueron y su pensamiento se ha negado a aceptar el inerte de extrañas concepciones. Al contrario, lejos de resignarse y adoptar una actitud fatalista han preferido la resistencia activa.

«Nuestra tarea» dice

Wantorowicz—no debe consistir solamente en denunciar las frases huecas y desenmascarar la calumnia, sino también en oponer al falso ideal la verdadera realidad. A sus fantasmas, nosotros opondremos nuestra conciencia; a su glorificación de la subordinación nuestra disciplina voluntaria; a sus metáforas la precisión de nuestro análisis; a su furor belcoso nuestro fervor creador; a su disposición a morir, nuestra voluntad a vivir; a su idolatría el jefe, nuestro respeto a los grandes maestros; a su callejón sin salida nuestra vía: la liberación».



Ofrecenos en nuestra edad. La inquietud revolucionaria en ella revelada, hace esperar de Flory nuevos y útiles aportes a nuestra lucha.

## BANDERA ROJA

Sangre valiente tu color ha dado, sol muy brillante a dos herramientas su vivo fulgor ha regalado.

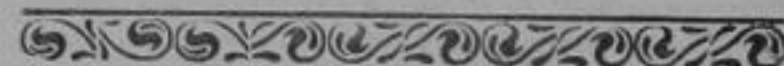
Eres símbolo de libertad y derechos por el que luchamos valientes y unidos. Nadie d' tenernos logrará jamás, trabas por doquier de seguro nos pondrán, mas como corriente de agua indetenible, todo lo que pongan lo vamos filtrando.

Veinte mil hermanos en el Salvador asesinados fueron y claman venganza. Y nosotros guiados por ti brava bandera, lucharemos con brio, vengaremos la sangre de aquellos que izaron sin miedo a la muerte palabras muy justas derechos muy suyos.

Por nuestra bandera, morir nada importa; también nuestra sangre más roja te hará, y aunque caigamos los nuevos soldados vengarán la sangre de padres y abuelos.

Y diremos alegres: bravos soldadillos, ya que la victoria alcanzar pudisteis, de vuestras manos no dejéis caer la brava bandera que como estrella os guió por un camino de derechos y libertad del pueblo!

FLORY NARANJO C.



IMPRENTA ÇARTIN HERMANOS

**“TRABAJO”**

Organo Central del Partido Comunista

APARTADO No. 1386

TELEFONO 2410

San José

Costa Rica

Administrador

Editor

EDGAR CARVAJAL

AURELIANO GOMEZ

SECRETARIO DE CORRESPONDENCIA

GUILLERMO GREEN D.